

Nunca nos cansaremos de agradecer al Señor por su decisión de elegir a algunas personas para que su trabajo pueda seguir en el mundo.

Él eligió algunos que llamó “apóstoles” es decir que son “exhortados”, “enviados”. Doce personas destinadas a continuar su trabajo en el mundo; La Iglesia naciente.

Su trabajo, como escuchamos en el Evangelio, no consiste simplemente en transmitir sus enseñanzas orales, sino en **expulsar demonios**: el texto lo subraya: “quedarse con él y expulsar demonios”.

El apóstol, cuyo sucesor está representado en primer lugar en la figura del Obispo, es por eso una persona que tiene en su interior el poder de expulsar al demonio, pero tiene el deber de ser un hombre de oración: “para estar con él.”

El “estar con él” sin embargo no significa simplemente orar, sino vivir en comunión con Jesús, actuar con él, hacer parte de él en su estilo de vida, en su conducta.

Hay algunas personas que deben vivir de manera especial la comunión con el Señor para llevar a cabo su obra.

Quisiéramos orar por estas personas a quienes Jesús ha elegido, porque en el mundo hay una necesidad inmensa de su obra, su compromiso, su dedicación, su consagración.

Debemos estar agradecidos con ellos y no pensar que el suyo es un privilegio por sí mismo; son elegidos para ofrecer un servicio, quizás para vivir una vida más exigente y difícil de la nuestra.

Por lo tanto, acompañémoslos con nuestra oración y agradezcamos a Jesús, quien a través de ellos quiere alcanzar nuestras vidas, salvarnos y liberarnos del demonio, ya sea a estas personas que se hacen elegir y le dicen “sí” a él.

De hecho, si no hubiera nadie que diera el sí al Señor, el Evangelio desaparecería de la faz de la tierra.

Agradecemos, oramos y, a su vez, tratamos de hacer lo que sea necesario para poder dejarnos salvar.

Que Jesucristo sea alabado